

LA EXISTENCIA

En principio fue la nada, montaraz
alimaña, briosa
ninfa de espumas provista que habita
en la distancia.

Después vino la caricia del sol
sobre la hierba en que nos recostábamos,
rozando casi apenas la certeza
de lo que ocurrió
en el pasado. Ahora aquí, amarrado
a la existencia que ni quiero ni deseo
descifrar, pendiente ya
de la dura condena del olvido,
era pasajero fiel
de un tren que se perdía en la distancia,
mientras aguardaba ligeramente
aterido de frío la caída
inexorable del telón que daba
fin a mi existencia, al volver a ser
nadie y saborear
de pronto la angustia como ninguno.
Entonces todo mi cuerpo se embriaga
con la suave cadencia que la lluvia

deja siempre al pasar ante mis ojos,
lo que supone sufrir
la vida en la penumbra
de la habitación
sin muecas innecesarias. Observas
de súbito cómo surge el dolor
como un huracán
incontenible
que todo desarbola
con su parsimonia porque la vida
tiene ahora en su macuto un olor
a humedad y el sonido
furtivo de una ventana al abrirse
de pronto. Fue la vida
el invierno y ahora es como un huracán
que cruza el viento del olvido, ese
noctámbulo hábito que desolado
pasea casi a oscuras
por las callejuelas deshabitadas
del alma sin tener
licencia para ello, y llevándose así
por delante algún juguete ya roto
mientras contemplo el ceremonial
avance del mar
sobre la arena de la playa, llena

de conchas olvidadas
y el recuerdo del pasado que viaja
siempre con nosotros como equipaje
de mano que perdemos sin querer.

RUMOR

De pronto sentí el tenue
rumor de la calle en penumbra, plena
de risas y de largas
esperas, de viandantes
que circulaban
por el fútil desván de su memoria
sin pararse a mirar atrás. De pronto
escuché el sordo rumor
del aire adentrándose
en la intrincada
selva de mi cuerpo tan desvalido.
De pronto sentí
que la vida se me hacía inasible,
se me escurría
entre los dedos
pero pasado el tiempo,
habitamos el olvido y no fuimos
ni posiblemente seamos nunca
sino grises estatuas
que la existencia tuvo a bien cincelar
sin demasiadas
pretensiones a base de deseo

y de mutua añoranza
porque cuando sientes el vacío de la vida
y observas su rostro mustio, ya nada
queda en el tiempo
si no es la amarga conciencia de ser polvo
y desatino, un exacto olor
a ceniza impregnando la habitación
donde tú niegas poseer la verdad
en esa dura realidad de tener
miedo, pues para atravesar la vida
sin miedo al olvido, hace falta pocas
dudas y mucho
atrevimiento cuando llega el dolor
de nuevo y no lo esperaba tan pronto.

SENTIMIENTOS

Tú, alimaña inmunda, llamada amor,
siempre me rozas
el rostro con el látigo impune
de la torpeza,
nos impones la realidad de no saber nada,
más allá de la muerte
y más acá del dolor
que tus garras imponen.
Reconoces tú, bestia que no nos merecemos,
las malditas sombras que la tarde trae,
ocultan lo que casi nunca se ve
para tener conciencia de ese sueño
que guardas en tu cuerpo
mientras me brindas
una austera caricia
que cure ya la herida
incurable de nuestro fiel abrazo
con la marejada que se desata
en el vergel de mi piel
cuando nuestros encuentros
se llenan de obstinada soledad
y de nostalgia.

¿Qué es esa extraña
amargura que se me manifiesta
como hecho consumado?
En mí tu verbo fluye entre la tierra
y el cielo, entre el mar
y la arena. En ti la noche es tibia luz
mas delante de los hombres, la noche
es una derrota que no te esperas,
un amargo veneno
que prueban mis labios sin consentirlo
ahora que recuerdo caricias que existieron
junto a cuerpos que existieron en tardes
que existen solamente
en el olvido
porque es inevitable que así sea.

LA HISTORIA QUE NOS IMPONEN

Torpe historia aguarda donde la vida
planta su zarpazo.

Inconcebible bestia terrenal
que recorre la existencia en carroza
de plata, viajaremos
a la eternidad o a donde tú digas,
poderoso mastín que me derrota
a dentelladas,
que llega a mis dominios
odiando la vida y el Universo, y hasta
el olor embriagador
de los árboles
cuando apalabro el futuro que nunca
será porque ¿quién eres tú sino la tentación
que habita en la distancia?

Dime qué tengo aparte de este café
siempre tan amargo que bebo a solas
con la soledad y sin mí. Airado
te dibujó entre la niebla, y te extraño
al alba cuando disfruto en silencio
el aroma a ti que quedó impregnado
un día de madrugada en que fui

derrotándome,
porque tú eres esa Bestia terrenal
que es una indiferente
señora que ama la vida que ya no es
de uno, es de otro que la vive sin mí
pero contigo al lado
a la hora de disfrutar de la fría
soledad de su mirada en la nada,
con la que nos obsequia
en las largas madrugadas de miedo
y café, en las mañanas
en que aligeramos ambos el paso
mientras nos cobijamos al abrigo
del mar con la duda de la existencia,
que me pide permiso para ser.

SOMBRAS

Sombras que te rodean sin saberlo
tú. Desapacible es la compañía
de tu mirada, tierno
mientras el cuerpo aguanta
el envite de tu aliento sobre mí.
No cabe duda que nos fue imposible
amar la vida ahora
pues vinimos aquí,
a este mundo, cruel
en su exacta medida, para amar
lo justo porque nadie nos enseñó
a alejar de nosotros la amenaza
del tiempo, esa insondable realidad
que la vida nos muestra
donde la razón de existir se olvida
del pasado, ahora que cercado estás
de sombras que se apoderan de mí
en silencio, amargado y solo siempre.
Y, ¿qué hace esta maldita
guadaña cercenando los árboles
que no me impiden ver?
Por una vez, beso que ya circula

en la mesa, deja que yo lo pruebe
porque es el alimento que da fin
a mi banquete contigo y sin ti,
que me eterniza ya para siempre.
Cercado estoy de sombras y por eso
avanzo raudo por la soledad
de mi condena
ahora que ya no quedan lágrimas
en mis mejillas en este momento
exacto en que ya no tendrá compasión
quien no ha sabido suplicar tras haber
esperado en vano que se diera la condición
de amar sin haber exigido nada
a cambio entre nosotros.

IGNORAS EL DESTINO

Cuánto deseé tenerte conmigo,
que tú me rodearas,
que contuvieras mi rabia enterrada
en las profundidades de tu ser.
Lo cierto es que me mantienes a raya
con tu látigo traidor, ignorante
del destino que no espera y me acerco
a la noche de puntillas para ver
tu rostro compungido,
para aprender que esta vida tan dura
es una herida incurable, una impune
celestina de dorados cabellos,
inquietante realidad
en la oscuridad de la eterna noche,
que se detiene ante mí
como alma impía
que me arrastra al pecado.
Cuánto deseo que tú me encadenes
al mástil donde podamos extender
la bandera de nuestro sufrimiento,
sin miedo al desencanto que producen
las miradas de los otros cuando nos observan

sin disimulo amar
la palabra y odiar la vida, y yo,
mudo y desolado, condenado ya
a mojarme los pies
en el agua caliente de la vida
con la que pones cerco a mi morada,
planto en tu destino sólo la paz,
pues me queda ahora la palabra
para combatir las duras tardes en soledad,
donde el hombre amordaza
la intransigencia en vano
quizá por estar en posesión cierta
de la verdad cuando lo inexistente
aparece de súbito y nos muestra
la certeza de ser
bajo la piel morada del dolor.